

AUSTERLITZ O EL RE-CONOCIMIENTO DEL SÍ

AUTERLITZ OR THE RE-COGNITION OF THE SELF

*Paula Andrea Dejanon Bonilla**

RESUMEN

La memoria, la identidad, el reconocimiento, son construcciones que permiten sujetar al individuo a su pasado. Toda vez que éste es despojado de su identidad más primaria la búsqueda del ser queda reducida a la recolección de huellas para crear con ellas un relato que permita fijar al individuo en las palabras, las suyas y las del otro. Este es el objetivo del artículo, explorar estas construcciones a través de la novela *Austerlitz* del escritor alemán W. G. Sebald, con la ayuda de las propuestas hermenéuticas ricoerianas.

PALABRAS CLAVE

Literatura, Sebald, hermenéutica literaria, Paul Ricoeur, narrativa.

ABSTRACT

Memory, identity and recognition are constructions which allow the subject to be linked to his past. Insofar as the past is deprived of its primary identity, the quest for being is reduced to the recollection of treads to create a new narrative which would allow the securing of the individual in his own words and in the words of other persons. The purpose of this article is to explore these constructions going through *Austerlitz*, the novel of the German writer W. G. Sebald, aided by the hermeneutical proposals of Ricoeur.

KEY WORDS

Literature, Sebald, literary hermeneutics, Paul Ricoeur, narratives.

* Profesional en Estudios Literarios por la Pontificia Universidad Javeriana; Maestra en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana; actualmente cursa estudios de doctorado en Letras Modernas en la misma Universidad; Profesora interna en la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín-Colombia.

Dirección electrónica. pauladejanon@gmail.com

Artículo recibido el día 22 agosto de 2008 y aprobado por el Comité Editorial el día 10 de septiembre de 2008.

*El camino es largo para el hombre «actuante y sufriente»
hasta llegar al reconocimiento de lo que él es en verdad,
un hombre «capaz» de ciertas realizaciones.
Aunque este reconocimiento de sí
exige, en cada etapa, la ayuda del otro (...)*

Ricoeur. Los caminos del reconocimiento.

Austerlitz, la novela del escritor alemán W.G. Sebald (1944-2001) es reconocida por su temática del holocausto que se desarrolla desde la profundidad de la memoria y desde las voces de los sobrevivientes en los que se puede reconocer una búsqueda de identidad, una resistencia al olvido manifiesta en un viaje interior que propone la novela, que se realiza a través de lugares, tiempos y circunstancias que el lector puede identificar como verdaderas sólo para reconocer que hacen parte de la construcción mimética de una memoria que trata de encontrarse en el reconocimiento del pasado y del porvenir.

La narración de Austerlitz lleva al lector a re-conocer los caminos de la memoria del personaje y del narrador. Se imbrican los tiempos, los lenguajes, las imágenes y componen una polifonía en donde cada registro mantiene su autonomía. Así, se puede reconocer la propuesta agustiniana del triple presente. El pasado-presente, el presente-presente y el presente-futuro en un discurso que mantiene esta simultaneidad en una especie de *distentio animi* que se ve reflejada en esa constante superposición de voces: “dijo vera, dijo Austerlitz”, y en los cuasi-diálogos que sostienen narrador y

personaje y como afirma Ricoeur: “El creador de palabras no produce cosas, sólo cuasi cosas, inventa el como si”¹.

Y es en el lenguaje donde este tiempo cobra vida, no sólo por la construcción verbal de la trama, sino porque cada lengua recordada (checo, francés, inglés o alemán) es un depósito afectivo, un depósito de huella, de rememoración². Y en esta disposición dialógica, no se puede olvidar una segunda textualidad: la fotográfica. En ella se encuentran el tiempo detenido en instantes, es el reconocimiento de la verosimilitud expuesta como objeto reconocible. Esta textualidad, que mantiene su autonomía, es una propuesta transgresora que sobre codifica la propuesta narrativa de la obra.

El texto en sí construye un camino de reconocimiento³ de huellas, de acciones, y lugares que se van manifestando en la narración, bien a través de Austerlitz/personaje, bien gracias al narrador, que funge como hilo en la construcción de la trama. Su presencia permite que sepamos que existe un “yo” (*ipse e idem*) que se manifiesta, que busca su pasado y se busca en él para encontrar su identidad. Que busca en los albores del reconocimiento, en todas sus acepciones, el poder quedar declarado en la memoria de otros.

1. Reconocer el pasado que se tiene por cierto

La obra de Sebald esta tejida, como ya lo hemos señalado, desde la multiplicidad de voces, de tiempos y de lugares que se superponen como huellas del pasado. Y es en el discurso donde la palabra sigue su camino

¹ RICOEUR, PAUL. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta, 2003. p. 103.

² Siguiendo la terminología de Ricoeur que afirma que: «El momento de la rememoración es, pues, el del reconocimiento» (*Ibid.*, p. 63).

³ Entendiendo aquí las acepciones que propone Ricoeur en su libro *Camino del Reconocimiento*.

de encuentro con la memoria así como afirma Ricoeur: "(...) la memoria entra en el ámbito del lenguaje: una vez expresado, pronunciado, el recuerdo es ya una especie de discurso, que el sujeto mantiene consigo mismo"⁴. En el caso de Austerlitz el recuerdo de sí, de su pasado, se encuentra expresado en el acto de contar.

El narrador nos ubica dentro de un espacio significativo que será el punto de partida y de llegada de una narración sujetada no sólo por las huellas mnésicas, sino por la huellas-lugar y las huellas de archivo. Estas huellas son las que de alguna manera permiten el reconocimiento de lo que se tiene por verdadero. Sobre lo que Ricoeur afirma: "1. Restablecer en la mente la idea de alguien o de algo que ya se conocía"⁵. Así al hacer presente esta primera imagen significativa el lector se ve incluido también en este camino de reconocimiento con el que se identificará en el transcurso de la obra.

Narrador y protagonista recorren los confusos caminos de su memoria trayendo del pasado al presente sus recuerdos en un esfuerzo casi agónico. El narrador actúa como el otro incluido por la voz del protagonista porque sólo al reconocer en lo dicho la experiencia del pasado es posible hacerlo presente en la configuración del mundo, bien como deseo de lo que fue, bien como presencia de lo que se espera para así poder encontrar lazos de similitud con la realidad experimentada:

Como los animales del Nocturama, en los que, llamativamente, había habido muchas razas enanas, diminutos fenecs, liebres saltadoras y hámsters, también aquellos viajeros me parecían un poco empequeñecidos, ya fuera por la insólita altura del techo de la sala, ya por la oscuridad que se iba haciendo más densa, y supongo que por eso me rozó pensamiento, en sí absurdo, de

⁴ *Ibid.*, p. 169.

⁵ RICOEUR, PAUL. *Caminos del reconocimiento*. Madrid: Editorial Trotta, 2005. p. 19.

que se trataba de los últimos miembros de un pueblo reducido, expulsado de su país o en extinción, y que de aquellos, por ser los únicos supervivientes, tenían la misma expresión apesadumbrada de los animales del zoo... Una de las personas que esperaban en la Salle des pas perdus era Austerlitz, un hombre que entonces, en 1967, parecía casi joven, con el pelo rubio y extrañamente rizado, como solo había visto antes en Sigfrido, el héroe alemán de Los nibelungos de Fritz Lang⁶.

Así, el reconocimiento del pasado se da por doble vía, el narrador recuerda su estancia en Amberes e incluye dentro de sus recuerdos su encuentro con Austerlitz. Pero este reconocimiento no sólo se da en el acto de acordarse del los acontecimientos, también busca, en una primera etapa de la obra, un reconocimiento del sujeto con otros, que lo identifiquen y que lo pongan a circular dentro de lo ya conocido:

(...) en cualquier caso, me acuerdo de que, antes de dirigirme hacia él, pensé bastante rato en su semejanza, que me llamaba la atención por primera vez, con Ludwig Wittgenstein, y en la expresión de espanto que los dos tenían en la cara. Creo que fue sobre todo la mochila, de la que Austerlitz me contó luego que, poco antes de iniciar sus estudios, la había comprando de excedentes del ejercito sueco, por diez chelines, en un surplus-store de Charing Cross Road, y de la que afirmó que era la única cosa realmente fiable en su vida, aquella mochila, creo, fue la que me dio la idea, en sí disparatada, de que había cierto parecido físico entre él, Austerlitz, y el filósofo fallecido de cáncer en 1951 en Cambridge. Wittgenstein llevaba también continuamente su mochila, en Puchberg y Otterthal lo mismo que cuando iba a Noruega, o a Irlanda, o a Kazajstán, o a casa de sus hermanas parapasar la navidad en la Alleegase. Siempre y por todas partes,

⁶ SEBALD, W. G. *Austerlitz*. Barcelona: Anagrama, 2007. p. 11.

esa mochila, sobre la que Margarete escribe una vez a su hermano que la quiere casi tanto como a él, viajó con Wittgenstein, creo, incluso a través del Atlántico, en el *Queen Mary*, y luego de Nueva York a Ithaca. Cada vez más me parece ahora, cuando tropiezo con una fotografía de Wittgenstein, como si Austerlitz me mirase desde ella o, cuando miro a Austerlitz, como si viera en él a aquel desgraciado pensador, tan encerrado en la claridad de sus reflexiones como en la confusión de sus sentimientos, tan notables eran las semejanzas entre los dos, en la estatura, en la forma de estudiarlo a uno como por encima de una barrera invisible, en su vida sólo provisionalmente organizada, en su deseo de arreglárselas siempre con lo menos posible y en su incapacidad, no menos característica en Austerlitz que en Wittgenstein, para demorarse en cualquier tipo de preliminares⁷.

De esta manera, el texto muestra una extraña intertextualidad que nos remite a la mirada del otro⁸. Esta digresión, en apariencia sin sentido, demuestra la búsqueda de la similitud para encontrar lo propiamente característico del sujeto re-conocido. Ferrater Mora nos recuerda que Wittgenstein dijo: “los límites de mi lenguaje son los límites del mundo” y es quizá ahí, dentro de esos límites del lenguaje en donde se va configurando el reconocimiento del otro a través de su relato.

Así Austerlitz se constituye como un sujeto designado por la palabra del otro, y también como uno mismo que se re-hace a cada paso de la narración, con cada hilo que constituye la trama; de esta manera sujeto-otredad se manifiestan por la palabra del protagonista.

⁷ *Ibid.*, pp. 44-45.

⁸ Al ver mediante una óptica ajena que aparentemente ya se ha sugerido a través de la imagen fotográfica de los ojos (es posible que estos ojos pertenezcan al pensador vienés) de la primera parte de la obra.

La obra inicia un camino, como hemos mencionado, que se da de doble vía. Los recuerdos se intercalan entre narrador y autor, igual que las imágenes y los lugares en lo que veremos se irán configurando primero en una memoria personal que será luego una memoria colectiva.

Este reconocimiento de lo conocido que se da en primera instancia por el narrador toma unas dimensiones diferentes cuando se encuentra Austerlitz como centro del relato, porque no hay que olvidar que en este encuentro de voces, narrador y protagonista se intercalan.

Esta esfera del reconocimiento de Austerlitz, en la primera parte de la obra se da en la búsqueda de lo que tiene por cierto y conocido: “Me crié, así comenzó Austerlitz aquella noche en el bar del Great Eastern Hotel, en la pequeña ciudad de provincia de Bala, en casa de un predicador calvinista y antiguo misionero que se llamaba Emyr Elias y estaba casado con una mujer medrosa, de Familia inglesa”⁹.

Austerlitz, relata aquello que le confiere identidad que poco a poco descubre como una cuasi-memoria fabricada. Los recuerdos de lo que tiene por cierto le han sido impuestos. Su vida en Bala es una construcción de realidad que se le ha otorgado, negando su pasado y destruyendo consigo todo rastro de su existencia perdida.

Cabe aquí formular la pregunta que Ricoeur se hace en *La memoria, la historia y del olvido*, “¿se puede ser un ser del pasado?” A lo que podemos responder que, al ser arrebatada la propia existencia, al ser manipulada la memoria, el ser que recuerda al cabo del tiempo se sumerge en su mismidad haciendo de esta su única existencia posible.

Austerlitz y Bala, el pastor y su esposa, su colegio, son instalación de lo reconocido y de lo semejante, y sólo a través de este reconocimiento, que

⁹ *Ibid.*, p. 48.

como veremos se fractura, podrá, el protagonista, volver a conocer la memoria que tenía por perdida.

Y sólo a través del reconocimiento del otro se puede establecer una conexión que permita vislumbrar una solución a la angustia de la pérdida de la memoria.

2. Reconocer lo que se creía perdido

Dice Ricoeur que “encontrar es reencontrar, y reencontrar es reconocer”¹⁰. De esta manera Austerlitz re-encuentra su nombre, que de alguna forma da inicio a la búsqueda de su pasado perdido. Al serle revelado un atisbo de verdad, Austerlitz da inicio a un proceso de auto-reconocimiento y de alguna manera también de autoconstrucción en el cual encuentra “otro” que le permite sujetar su identidad: su amigo del colegio Gerald. Sin embargo, una vez perdido, la identidad y la memoria creada también se desvanecen: “Fue un mal día cuando supe que se había estrellado en los Alpes de Saboya, y quizá el comienzo de mi propia decadencia, de aquel enfermarme en mí mismo cada vez más enfermizo con el transcurso del tiempo”¹¹. Y es justo en este evento en donde ya no puede permanecer la memoria impuesta en donde Austerlitz inicia su viaje de re-conocer la identidad arrebatada.

De forma tal que, el re-conocer el pasado perdido empieza a ser también una búsqueda del pasado reprimido. Al no poder reconocerse ni en el tiempo ni en los espacios de identidad que tenía por conocidos el sujeto-identidad que sólo se puede volcar sobre sí mismo no encuentra ningún estatuto de reconocimiento: “Toda la estructura del idioma, el orden sintáctico de las distintas partes, la puntuación, las conjunciones y, en definitiva, hasta los

¹⁰ RICOEUR, *Caminos del reconocimiento*, *Op. Cit.*, p. 127.

¹¹ SEBALD, *Op. Cit.*, p. 119.

nombres de las cosas corrientes, todo estaba envuelto en una niebla impenetrable”¹².

Pero al encontrarse con el narrador el sujeto puede dar cuenta del mundo a través de lo narrado, y es desde esa otredad donde reconstruye el mundo. Poco a poco Austerlitz va haciendo presente el pasado ausente. El retorno del olvido se convierte en una identificación con los objetos, con los lugares que van despertando en él, siguiendo a Ricoeur, el reconocimiento de lo que nunca se vio.

Así, al escuchar la historia de otros, el caso de las mujeres que relatan el haber sido dejadas en un tren, Austerlitz reencuentra su memoria perdida. En el relato del otro, identifica su propio relato, lo que le permite, una vez más, encontrar cierta identidad en el mundo que lo rodea.

El viaje a su pasado es, de alguna forma, vivir su vida a través del tiempo perdido. Al descubrir en Vera los vestigios de su pasado Austerlitz re-conoce, vuelve a conocer la historia de su vida, y al serle relatada teje nuevos caminos de conocimiento de sí mismo:

No me parece, dijo Austerlitz, que comprendamos las leyes que rigen el retorno del pasado, pero cada vez me parece más como si no hubiera tiempo, sino diversos espacios, imbricados entre sí, entre que los vivos y los muertos, según el talante en que se encuentran, van de un lado a otro, y cuanto más lo pienso tanto más me parece que nosotros, los que todavía nos encontramos con vida (...) ¹³.

Así, Austerlitz no sólo empieza a reconstruir su identidad a través del relato de Vera –su vecina–, también se identifica como sobreviviente olvidado,

¹² *Ibid.*, p. 126.

¹³ *Ibid.*, 187.

literal y figuradamente. Al ser abandonado en su destino el personaje sólo puede encontrar similitud de su mundo degradado en los sueños, en el deseo de realidad y en el delirio.

Al no ser y querer ser, el sujeto se disocia y no encuentra retorno. Aunque rescate del olvido a Agáta, a Maximilian, aunque rescate del olvido la historia del holocausto que reconoce reprimida, su identidad se ve fragmentada y quizá por eso se pregunta: “¿no sería imaginable, continuó Austerlitz, que tuviéramos también citas en el pasado, en lo que ha sido y gran parte se ha extinguido, y tuviéramos que visitar lugares y personas que, casi más allá del tiempo, tienen una relación con nosotros?”¹⁴ Se hace la pregunta porque, a pesar de re-encontrar su pasado no se identifica con él.

La foto de su infancia es un conocer de nuevo otro-yo con el cual no puede encontrar relación ni en tiempo ni en lugar. El recuerdo, aún así, se construye como una necesidad de poder tener una existencia inscrita en la memoria de otros y como afirma Ricoeur: “Si un recuerdo vuelve, es que yo lo había perdido; pero si a pesar de todo, lo vuelvo a encontrar y lo reconozco, es que su imagen había sobrevivido”¹⁵.

Austerlitz en la melancolía del reconocimiento de lo perdido, que en sí implica un duelo, construye su memoria privada. Encuentra los fantasmas que sabía existía: el terror al tren, el miedo a la oscuridad, y se reconoce dentro de una memoria colectiva: el holocausto. Su ser encuentra un espacio en el cual puede permitir que los fantasmas del pasado, que los recuerdos y que la memoria nueva sobrevivan al olvido total.

¹⁴ *Ibid.*, p. 258.

¹⁵ RICOEUR, *Caminos del reconocimiento*, *Op. Cit.*, p. 133.

Conclusión

Hemos propuesto una búsqueda del sí a través del reconocimiento del que se tiene por cierto y de lo que se tenía por perdido. En la novela de Sebald estos caminos se bifurcan y se encierran tras las voces que se confieren identidad y que le confieren, al menos, existencia a su personaje.

Austerlitz atraviesa por las murallas que lo separan de los múltiples mundos que lo conforman. El lenguaje-lengua que se presenta como un fantasma que le permite reconocerse en las palabras; los libros y archivos en los cuales va encontrando vestigios de lo que fue, y de lo que hubiera podido ser o llegar a ser; y en el testimonio en el cual encuentra su historia fragmentada en películas que finalmente lo lleva a reconocer el mundo que mantuvo marginalmente en su memoria.

Al recuperar lo que le ha sido negado, encuentra también que la memoria impuesta por su auto represión también se manifiesta en una represión colectiva que anula la posibilidad de saber, de volver a conocer la historia y sus implicaciones.

Vale la pena recordar la pregunta que se formula Ricoeur: “¿de qué modo el reconocimiento del pasado contribuye al reconocimiento de sí?” El ocultamiento, la memoria privada de verdad, atribuirle al “otro” una existencia que no le es aceptable, impide que el ser encuentre su identidad. Sin posibilidades de reconocimiento, la mismidad se convierte en un círculo en el cual el “yo” solo encuentra un sí autorreferencial que le impide acercarse al mundo o por lo menos que le impide vivir en él.

La memoria impuesta, o bien el olvido impuesto, sólo permiten que el sujeto se inscriba en un marco de indefinición en el cual recuperar la distancia entre el pasado y el presente no se consigue más que construyendo puentes de rememoración, para que tal vez el sujeto que recuerda pueda conferirle a otro su existencia, pueda relatar sus recuerdos para que estos se inscriban

en la memoria del otro, que a través de su narración perpetúa la posibilidad de re-conocer, reencontrar la existencia propia, que es la suma de la existencia humana. **e**

Bibliografía

SEBALD, W. G. *Austerlitz*. Barcelona: Anagrama, 2007.

CUESTA ABAD, José Manuel. *Teoría hermenéutica y literatura*. Madrid: Visor, 1991.

FERRATER MORA, José. *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Ariel, 2004.

RICOEUR, PAUL. *Caminos del reconocimiento*. Madrid: Editorial Trotta, 2005.

_____. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta, 2003.

_____. *Tiempo y Narración I*. México: siglo XXI editores, 2004.